

JT - F 4359



CUANDO SE ACABA EL AMOR...!

COMEDIA EN UN ACTO,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

LA SEÑORITA DOÑA JOAQUINA VERA.



MÁDRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Marzo de 1844.



COMEDIA EN UN ACTO

JULIO DE MERIGNY, *capitan de una corbeta.*

DOMINGO, *marinero.* TRADUCIDA

ADELA, *muger de Julio.*

LA BARONESA DE KOATODON.

MARÍA, *doncella.*

LA BARRONESA DE KOATODON...

La Escena pasa en una casa de campo de Bretaña.



Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

T. 1270049
C. 71751651

A. 163975

Acto único.

El teatro representa una sala amueblada con elegancia; al fondo una puerta, á la derecha en primer término una ventana, mas abajo un piano, á la izquierda una chimenea con un espejo grande encima; puertas laterales, un velador, sillones; en la pared del fondo el retrato de cuerpo entero de un jóven de figura afeminada.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA sola, componiéndose delante del espejo.

Qué cómodos son estos espejos grandes! se ve una tan bien! (*Suspirando.*) Ay! de qué me sirve el componerme si nadie ha de reparar en mí! desde que se fue mi señor al mar con Domingo, no parece ningun hombre por esta casa; cuidado que es trabajo, siendo una bonita, no tener quien se lo diga.

ESCENA II.

MARÍA. LA BARONESA, entrando por el fondo.

Baronesa. Qué haces, muchacha? no lo oyes? (*Alcando la voz.*) María! qué haces!

Maria. (*Aparte.*) Dios mio! (*Alto.*) Yo... yo... estoy arreglando esto.

Baronesa. Se ha levantado mi sobrina?

Maria. Sí, madrina... está en el pabellon del jardin.

Baronesa. (*Con sentimiento.*) Allí se habrá encerrado pa-

ra llorar...! para volver á leer las cartas de su marido!
Maria. Perdone usted, madrina, pero á mí me parece que ha ido á regar las macetas, y á echar de comer á las tórtolas.

Baronesa. Lo mismo es...! siempre ocupada en lo que le recuerda á su Julio! Pobres muchachos! cinco años sin verse! yo no sé cómo han podido vivir! cinco años! ellos, que se adoraban! pero un día se aprovechó mi hermano el almirante de una riña que tuvieron, y le decidió á dejar su casa!

Maria. (*Suspirando.*) Sí, con Domingo, mi pobre novio!

Baronesa. Y se lo llevó á Brest, donde estaba su barco, que al día siguiente se hacía á la vela para el mar del Sur! Mi buen Julio! cuánto he temido no muriera de pena y de fatiga...! Marino! (*Mirando el retrato.*) Él! con una complexion tan delicada!

Maria. Qué bien retratado está. Si parece que va á hablar...! (*Haciendo una cortesía.*) Buenos días, señor!

Baronesa. Qué cuerpo tan esbelto! qué ojos tan llenos de melancolía, de timidez! Encantador como una doncella hermosa! y qué habilidad tenia! bordaba como un angel! mira, mira las babuchas que me estaba haciendo! (*Mirando el retrato.*) Querido sobrino!

Maria. Oh! Vale mucho tener un marido así... (*Aparte.*) en un cuadro... Lo que es á mí, mas me gusta Domingo; aquel es un hombre! grueso, cinco pies de alto...! con unos carrillos tan llenos! allí sí que se pueden dar bofetones á gusto.

Baronesa. (*Suspirando.*) Pero ya hace cuatro meses que no escribe...! por qué será...? á menos que su quebrantada salud...

Maria. (*Aparte.*) Qué fortuna! Domingo es tan robusto, que no debo temer...

Baronesa. (*Pensativa.*) Ó tal vez un naufragio...

Maria. (*Asustada.*) Un naufragio...! Ay Dios mio! habremos esperado tanto para...

ESCENA III.

DICHOS. JULIO. DOMINGO.

Julio. (*Dentro con voz fuerte.*) Vamos, por aquí!

Baronesa. Qué es eso?

Julio. (*Dentro.*) Por aquí... sígueme... pronto! Voto va!
(*Aparece en el fondo.*) Acabarás de venir, animal! (*Da una patada.*)

Baronesa. Pero quién será este caballero?

Julio. (*Viéndolas.*) Ah! por fin...! (*Conociendo á la señora.*) Pero Dios me confunda! no es la baronesa de Koatodon! (*Queriendo abrazarla.*) Permita usted...

Domingo. (*A Maria.*) Permite...

Baronesa. (*Retrocediendo.*) Caballero!

Maria. (*Asustada.*) Ay, madrina! este esqueleto me quiere abrazar!

Domingo. (*Ofendido.*) Este esqueleto!

Julio. (*A la baronesa.*) Cómo! No me conoce usted, querida tia?

Baronesa. Será posible...! mi sobrino!

Maria. Domingo!

Julio y Domingo. (*Abrazándolas.*) Sí!

Baronesa. (*Examinando á Julio.*) Sí, sí..., él es!

Julio. Voto va el diablo! pues no me ve usted? ayer llegué á Brest, desembarqué al momento, y aquí estoy ya.

Baronesa. Qué cambio!

Julio. Qué quiere usted! esto lo hace el mar, las fatigas, el aire. (*Deja su capa.*)

Baronesa. (*Mirándole.*) No vuelvo en mí!

Maria. (*Que mira á Domingo con compasion.*) Pobre Domingo! tan guapo y gordo como te fuiste!

Domingo. Qué se ha de hacer! así me ha puesto el mar!

Maria. Si se me figura que has crecido...! no acabarás nunca?

Domingo. Crecido? no... es que el disminuir por aquí, (*Señala lo ancho del cuerpo.*) parece que ha subido por aquí... (*Señala su altura.*) es un efecto de óptica.

Maria. (*Llorando.*) Cómo me le han dejado...! Yo les presté todo un hombre... y me vuelven una momia!

Julio. (*Que ha estado dejando la capa.*) Pero tia, y mi Adela? mi querida esposa, dónde se halla? estoy impaciente por abrazarla. (*Llamando.*) Adela! Adela!

Baronesa. (*Tapándole la boca.*) Calla, calla.

Julio. (*Vivamente.*) Qué! está mala?

Baronesa. No, gracias á Dios!

Julio. (*Tranquilo.*) Ah!

Baronesa. Pero una llegada tan brusca...!

Julio. Qué diablo! estaba deseando ver á mi muger! á la mitad del camino dejé el coche, tomé caballos de posta, y en tres horas hemos andado doce leguas! siempre á galope!

Baronesa. A galope! Un capitán de marina! ay! eso me hace un bien...!

Domingo. (*Aparte.*) Y á mí un mal...!

Baronesa. Julio! mi querido Julio, ya veo que sigues amando á mi sobrina!

Julio. Si la amo! pudiera usted dudarlo? Oh! quiero verla.

Baronesa. No, no.

Julio. Cómo?

Baronesa. Sin prevenirla? moriría de gozo.

Julio. (*Aparte.*) Ah!

Baronesa. Es tan impresionable...!

Julio. Pues entonces despáchese usted, vaya usted á prevenirla... y si aun no ha almorzado, dígala usted que tampoco yo, y que...

Baronesa. Oh! por supuesto. Mira, Julio, si yo hubiera sido casada, y despues de una larga ausencia viera que mi marido sin mas ni mas se sentaba á la mesa, me moriría de pena!

Julio. (*Aparte.*) Si no comerán aqui?

Baronesa. Y lo que es Adela, piensa absolutamente lo mismo.

Julio. (*Aparte.*) Cielos! Qué dice?

Baronesa. Pero yo tendré razon por tí, sobrino mio; acabas de hacer un viaje fatigoso y debes reparar las fuerzas... Vamos, Julio, te lo suplico, toma alguna cosa.

Julio. Yo... (*Aparte.*) Con mucho gusto.

Baronesa. Mira que lo exijo... sé complaciente; tomarás el desayuno de otras veces... María! una taza de leche para tu amo.

María. De su cabra blanca?

Julio. Cómo?

María. Si, aquella cabrita...

Baronesa. Que Adela queria tanto!

Julio. (*Acordándose.*) Ah...! es verdad! (*Aparte.*) El diablo lleve á la maldita cabra: si me diesen al menos un trozo de ella...! vaya...!

Baronesa. (*A María.*) Le traes tambien algunos meren-

gues; (*Viendo que Julio hace un movimiento.*) pues bien, uno solo, no mas que uno... (*Mirando á su alrededor.*) Donde está mi sombrilla?

Julio. (*Aparte.*) Quieren reducirme al estado de Domingo!

Baronesa. En cuanto á ti... (*A Domingo.*)

Maria. Ya sé yo lo que le conviene... un buen pedazo de vistek.

Domingo. Un pedazo de vistek...?

Julio. (*Bajo á Domingo.*) Acepta!

Domingo. (*A Julio.*) Pero mi gastritis... mi régimen...

Julio. Te digo que aceptes.

Domingo. Bueno. (*A Maria.*) Yo no rehuso...

Maria. Corriente!

Julio. (*Bajo á Domingo.*) Con patatas...

Domingo. Ah! no me acordaba! con patatas.

Maria. Está bien, está bien; sígueme á la cocina.

Julio. (*Con viveza.*) Cómo...? no, no... él no me deja nunca...

(*A Maria.*) Le servirás aquí, á mi lado... yo no almuerzo jamas sin mi marinero. (*Bajo á Domingo.*)

No te muevas de aquí...! (*Aparte.*) Desgraciado! me iba á robar mi vistek.

Baronesa. A Dios...! Con que tomareis...

Julio. El vistek?

Baronesa. Qué! no, la leche.

Julio. (*Con hipocresia.*) Yo haré lo posible.

Baronesa. Qué feliz es mi sobrina en tener un esposo tan amable. (*Vase con Maria.*)

ESCENA IV.

JULIO. DOMINGO.

Julio. La buena de la baronesa se va á volver loca con sus ideas sentimentales... lo que es hoy, fingiré someterme... hasta que hable con mi muger despacio... pero luego será otra cosa... porque estoy resuelto. Al diablo los viajes y el mar.

Domingo. (*Que trae el velador cerca del piano.*) Ah! mi capitán! Dios le oiga á usted...! si yo hubiera sabido lo que era pasar cinco años la enfermedad del mar, y siempre allí... escepto los pocos instantes que estabamos en tierra...

Julio. (Riendo.) Durante los cuales te desquitabas bien!

Domingo. Phs! así, así...

Julio. En Calcuta oí hablar de una jóven...

Domingo. Dos, mi capitán; eran dos.

Julio. Calla...! y además en Pondichery...

Domingo. Oh! lo que es allí era diferente; allí no tenía

mas que tres... tres sacerdotistas de Brama... Ah! he tenido

la suerte de ser el rival dichoso de ese dios!

Julio. Sabes, pícaro, que si tu novia llegara á tener conocimiento de eso...

Domingo. Qué! no hay peligro... ella no irá á Calcuta ni á

Pondichery á informarse... (*Con intencion.*) Así como

mi señora tampoco irá á Rio-Janeiro para...

Julio. Cómo? á Rio-Janeiro? quieres callar!

Domingo. Basta! Soy mudo, mudo como un pescado.

Julio. Si cometes alguna indiscrecion, si te se escapa una

palabra te rompo... (*Aparte.*) Ninguna falta grave he cometido,

pero conozco á Adela, y segun lo que me ha dicho su tia,

es como antes.

ESCENA V.

LOS MISMOS. MARÍA, con el almuerzo.

Maria. Señor, aqui tiene usted la leche.

Julio. Gracias. (*Aparte.*) Vaya un almuerzo!

Maria. (*Que ha puesto el vistek sobre una mesita de labor que habrá delante de la chimenea.*) Y tú, pobre-

cito Domingo, aqui tienes tu vistek. (*Mirándole.*) Qué

piernas, Dios mio! si parecen dos alambres! Ven, ven

á confortarte. (*Domingo mira á Julio.*)

Julio. Nada de eso; no te he dicho que almorzaré con mi

marineró? (*Le pone á la derecha del velador.*)

Domingo. Pues ya se ve!

Maria. Y qué?

Julio. Que vas á servir la leche á babor y el vistek á

estribor.

Maria. En la misma mesa?

Julio. (*Sentándose á la izquierda.*) Sí; despacha.

Maria. Como yo no he servido nunca en la marina, no

comprendo bien... (*Trae el vistek sobre el velador.*)

Aqui el á sabor... y al lado el tribor... es esto?

Julio. Sí. (*Bajo á Domingo.*) Vas á tomar una copa de rom?

Domingo. (*Bajo.*) Con leche!

Julio. (*Bajo.*) Sí, tómala.

Domingo. (*Bajo.*) Pero señor, el médico de la corbeta me lo ha prohibido.

Julio. Me es igual. (*Bajo á él.*) Pide rom.

Domingo. (*A María, que trae la botella del vino.*) Rom.

María. Rom en el estado en que estás! (*Trae el vino.*)

Julio. (*Tocando á María en la cara.*) Vamos, esta muchacha... porque el señor es su futuro le quiere ya gobernar como á un marido.

María. (*Aparte y escandalizada.*) Calla! el amo me ha tocado la cara! En otro tiempo no se hubiera atrevido.

(*Trayendo el rom.*) Aquí está el rom. (*Julio y Domingo se sientan; Julio delante de la leche y Domingo del vistek, y no se atreven á tocar cada uno su desayuno viendo que María no se va.*)

Mi madrina dice que cuando se ama de veras no se come; ahora veré yo si Domingo me quiere mucho. (*Cruza los brazos y los mira.*)

Julio. (*Volviéndose.*) Qué haces ahí?

María. Yo? esperando para servir á usted.

Julio. Es inútil. Ya puedes...

Domingo. Sí, ya puedes marcharte.

María. Pero...

Julio. Mi marinero me servirá.

Domingo. Yo debo servir al capitán.

María. Ah!

Julio. Sí, es la ordenanza de la marina.

María. Bien... ya me voy. (*Se detiene en la puerta fingiendo coger el plumero, y los mira.*)

Julio. (*Creyendo que se ha ido, echándose rom.*) Esto preparará el camino á tu excelente vistek. (*Va á beber;*

Domingo tose para advertirle que aun no se ha ido

María; Julio se apresura á darle el vaso y dice á María.) No te vas?

María. Ya me voy.

JULIO. DOMINGO.

Domingo. (Apenas se ha ido María, Julio bebe el rom; Domingo da vuelta al velador y los desayunos cambian de sitio.) Viremos de bordo.

Julio. (Destapando el plato del vistek.) Qué te parece la leche?

Domingo. Bien insípida; y lo peor es que estoy condenado á no alimentarme mas que de esto...! Qué lástima, á los treinta y dos años verme en la posición humillante de un niño de seis meses!

Julio. (Que va á comer.) Pobre Domingo! (*Ruido fuera; Julio se detiene.*)

Domingo. Eh! Qué será?

Julio. (Volviendo el velador.) Chis!

Domingo. (Aparte.) Tengo un sueño... (*Bosteza.*) Ah... Ah... (*Se queda medio dormido.*)

Julio. Nada; ya creía yo que me iban á quitar mi vistek. Despachémonos, porque si mi muger... (*Viendo á Domingo.*) Y bien? (*Yendo á volver el velador, y con el tono de mando para la maniobra de un barco.*) A virar! (*Con fuerza.*)

Domingo. (Saltando asustado.) Ay! La corbeta! la corbeta ha chocado...! Ah! no me acordaba.

Julio. (Volviendo el velador.) Oh, lo que es esta vez...! (*Se oye hablar dentro.*) Voto va! viene gente! (*Vuelven otra vez el velador.*)

ESCENA VII.

LOS MISMOS. LA BARONESA. ADELA.

Baronesa. (A Adela, que la sigue.) Sí, te digo que sí... aqui le tienes. (*Mostrando á Julio.*)

Adela. (Abrazándole.) Ah! Qué felicidad! Julio mio!

Julio. Mi querida Adela!

Adela. (Mirándole, aparte.) Qué cambiado!

Julio. Pero qué tienes?

Baronesa. Está sobrecogida... Es muy natural; si en tales momentos debía uno morir de placer!

Adela. Dios mio, qué alegría, despues de cinco años!

Baronesa. Pobrecilla...! no sabe lo que le pasa, cree estar soñando!

Julio. (Riendo.) Soñando! Já! já! Voto va! (Movimiento de Adela; Julio se reprime y dice con tono dulce.) Soy acaso alguna sombra? algun vapor fátuo?

Adela. (Con timidez.) Oh! nada de eso; mi tia ya me habia dicho que tu salud estaba enteramenté restablecida, y me alegro mucho.

Julio. Gracias. Lo cierto es que ya estoy del todo bueno.

Baronesa. (Vivamente.) Lo que no impide que te ame como otras veces... si es que no te quiere mas. (A Julio.) No es verdad?

Julio. Seguramente. (A Adela.) Lo dudarias tú?

Adela. Si lo dudara, podria vivir?

Julio. (Aparte.) Ya! veamos. (Alto.) Mi hermosa Adela!

Baronesa. Doce leguas á galope, solo por abrazarte algunas horas antes!

Julio. Sí, ciertamente; y para no separarnos nunca; porque me quedo contigo, y mando el servicio á los diablos.

Adela. Qué tono! qué lenguaje!

Julio. Pero tú estás triste, inquieta!

Adela. Yo... no... es el gozo, la sorpresa... pero tú almorzabas cuando yo entré: continúa, amigo mio!

Julio. (Con viveza.) Si tú lo permites...

Baronesa. (Vivamente.) Almorzar...! Él! en tal momento! Pobrè Julio! pues si me ha costado todo el trabajo del mundo para hacerle tomar un vaso de leche... y... mira, mira, ni siquiera lo ha tocado.

Julio. (Desconcertado.) Yo... no...

Baronesa. (Estasiada.) Oh! qué prueba, qué prueba de amor!

Adela. (Conmovida.) Será posible, Julio, mi querido Julio, que la alegría de volverme á ver...

Julio. (Embarazado.) Sí... el placer...

Baronesa. Oh! bien decia yo! y no le abrazas despues de ese rasgo sublime! abrázale pronto, ó sino yo le abrazaré!

Julio. (Asustado y atrayendo vivamente á su muger.) Mi querida Adela!

Baronesa. Qué marido! qué sobrino! cuánta no ha de ser mi vanagloria! Ah! con qué orgullo voy á presentarlo á los vecinos! y pronto.

Adela. No... ahora no... Julio debe estar cansado!

Baronesa. Cansado! cuando te vuelve á ver!

Julio. (Con fingida vehemencia.) Cansado cuando te vuelve... cuando te vuelvo á ver? (Aparte.) A dieta y sin dormir, no hay más, me quieren enflaquecer... (Alto.)

Deseo sin embargo arreglarme un poco.

Baronesa. Oh! estando en el campo...

Julio. Sí, es cierto... pero...

Baronesa. Vamos, sea... Domingo llevará los efectos á tu cuarto... Domingo...! Dios me perdone, pues no está durmiendo? (Llamando.) Domingo!

Domingo. (Soñando.) Voy, odalisca!

Baronesa. (Escandalizada.) Odalisca!

Julio. Animal...! despertarás?

Domingo. (Despertando.) Oh! perdóneme usted, yo...

Baronesa. Toma la maleta de tu amo y llévala á su cuarto.

Julio. (Bajo á Domingo.) Con mi vistek.

Domingo. Bien, capitán... (Coge lo que va á llevar, y se duerme cerca de la puerta.)

Baronesa. Ah! ya se me olvidaba... han llegado para tí muchas cartas del estrangero... entre otras una de Rio-Janeiro...

Adela. (Que ha ido á cogerla de la chimenea.) Toma.

Julio. (Abriéndola.) De Rio-Janeiro! (Mirando la firma.) De Silvia...! (La cierra.)

Adela. No la lees?

Julio. No, despues... es una carta indiferente... ya sé de quién es.

Adela. (Con desconfianza.) Una letra bien fina.

Julio. Si escribe este amigo de un modo que parecen patas de mosca. (Guarda la carta.) Voy pronto á vestirme, para no hacerte esperar... (Aparte.) Y á mi almuerzo... Por qué me escribirá esa loca de Silvia? (A Domingo.) Todavía aquí... cuándo acabarás de dormir! bestia!

Domingo. Ya voy, ya voy. (Entran los dos en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA VIII.

ADELA. LA BARONESA. *Despues* MARÍA.*(Adela, pensativa, no quita los ojos del cuarto de Julio.)*

Baronesa. (Con entusiasmo.) Encantador! encantador!
Pronto, á vestirnos. *(Llamando.)* María! pero yo mis-
ma te vestiré... cómo le gustabas mas...? con traje blan-
co? sí, bien me acuerdo.

Adela. (Aparte.) Y él se acordará tal vez!

Baronesa. (A María.) Vas á preparar mi tocador... Saca
mi vestido color de cereza y el sombrero amarillo... quie-
ro componerme, estar bella... Ven, ven, Adela.

ESCENA IX.

MARÍA. *Despues* DOMINGO.

María. Preparar su tocador y despues vestirla... no me de-
jarán un momento para hablar con Domingo... Aquí
viene.

Domingo. (Sale, trayendo la ropa del capitan.) No pue-
do andar; me voy á dormir en pie!

María. A ver si me dice alguna cosa buena.

Domingo. Ah! estás aqui? y mi cama?

María. Vaya una galantería! ya está tu cama, dormilon...
puedes ir cuando quieras... Ay! Domingo! qué diferencia
entre el amo y tú... Él sí que está enamorado, digo! y ni
siquiera ha tocado á la leche: no, no se ha comido como
tú un vistek.

Domingo. (Bajo.) No, pero lo está devorando ahora.

María. Él?

Domingo. Con una buena botella de Burdeos.

María. Será cierto...? pero al menos, él no desea dormir.

Domingo. Es verdad, pero para tenerse despierto bebe
abundantes copas de rom.

María. El amo bebe rom?

Domingo. Oh! Los viajes forman á los hombres.

María. (Mirándole.) Sí... cuando no los estropean... Ah!
si la señora supiera todo eso...!

Domingo. Chis! no digas una palabra... El capitan es tan
chancero que me rompería los huesos.

Maria. No, no diré nada... Qué me importa á mí...? con tal que tú me quieras.

Domingo. Que yo te quiera! Oh Dios! pues si he resistido por tí á el amor de condesas indianas... y al de baronesas de las Islas Marquesas!

Maria. De veras?

Domingo. Palabra de honor.

Maria. Basta: te creo, pero...

Domingo. La prueba es que voy á pensar en tí... durmiendo, y lo haré cuando limpie esta ropa.

Maria. Dásela al jardinero... él la limpiará... y tambien tu capa, que está llena de polvo!

Domingo. Es efecto de nuestra cabalgada. (*Se quita su capa y la pone sobre el brazo con la otra ropa. Caee una carta.*)

Maria. (*Aparte.*) Una carta...! y se le ha caido á él. (*La oculta con el pie.*)

Domingo. Dónde encontraré á ese jardinero? tengo que ir muy lejos?

Maria. No; cerca del estanque estará... ves pronto!

Domingo. Hasta luego, querida María... (*Volviendo desde la puerta.*) Ah! mira, tú sola has reinado en mi corazón! (*Vase.*)

Maria. Miente... tengo la prueba debajo del pie.

ESCENA X.

MARÍA. *Despues* LA BARONESA.

Maria. (*Cogiendo la carta.*) Está abierta... bien podria leerla... si supiera... (*Mirando la letra.*) y no entender nada!

Baronesa. Has arreglado ya mi tocador?

Maria. Ay, madrina! si quisiera usted leerme esta carta...!

Baronesa. Esa carta!

Maria. Es de Domingo... mientras que yo le esperaba, el monstruo se entretenia en leer las declaraciones amorosas que le mandaban las baronesas indianas!

Baronesa. (*Mirando la carta.*) Rio-Janeiro.

Maria. Rio-Jan... cómo?

Baronesa. Quejas porque no le ha vuelto á ver desde el dia en que la acompañó al teatro. (*Mirando la firma.*)

Silvia... Y es á Domingo á quien... (*Mira el sobre.*) Julio...! Ah! Indigno! indigno!

María. Qué dice, madrina?

Baronesa. Nada... Esta carta es para Domingo?

María. Sí señora.

Baronesa. Con que él te ha engañado?

María. Sí señora!

Baronesa. Él ha sido infiel? él solo?

María. Quiere usted que la diga lo que siento? pues bien, Domingo es incapaz de perderse por su gusto.

Baronesa. Calla, imprudente!

María. Sí, sí... son los malos ejemplos (como dice el señor cura) los que le han pervertido.

Baronesa. Te callarás...!

María. La compañía de uno que me ha tocado la cara...

Baronesa. María!

María. De uno que ha almorzado, que ha bebido rom... y que se muere de sueño...!

Baronesa. (*Que ve venir á Julia.*) Mi sobrino! vete...! déjanos.

María. Yo no he nombrado á nadie... pero es igual... pondría las manos en el fuego... primero que creer... (*Llorando.*) Ya voy á sacar el vestido color de cereza, y el sombrero amarillo. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA XI.

LA BARONESA. Después JULIO.

Baronesa. Pobre sobrina! engañada por una... por una bailarina! y ella que casi adivinaba ya... Aquí viene...! Yo...! yo me contendré, es menester!

Julia (*Entrando.*) Diablo de trabillas...! tienen que estar las piernas mas derechas que un baston; que no confunda el infierno...!

Baronesa. Caballero...

Julio. Perdone usted, querida tia... es que... cuando uno ha perdido la costumbre... luego esta pícará corbata me incomoda tanto... Y usted, cómo no está ya vestida?

Baronesa. Un negocio imprevisto lo ha impedido; además, no corre prisa... y tengo que hablaros ahora que

no está aquí mi sobrina, á vos solo, absolutamente solo.

Julio. Algun secreto? (*Aparte.*) Qué será?

Baronesa. Conoceis vos... (*Va á sacar la carta, y viendo llegar á Adela la guarda.*)

Julio. El qué?

Baronesa. Silencio!

Julio. (*Mirándola.*) Pero qué me iria á enseñar?

ESCENA XII.

LOS MISMOS. ADELA.

Adela. Te he hecho esperar mucho, amigo mio?

Julio. No, querida mia, no. Tenia con tu tia una conversacion tan interesante que...

Baronesa. (*Interrumpiéndole.*) Estábamos hablando de tí.

Adela. (*Con alegría.*) De mí?

Baronesa. Sí, de lo feliz que eres en tener el marido mas apasionado, mas fiel, mas constante...!

Adela. Querido mio!

Julio. Ya ves cómo me elogia!

Baronesa. Elogio merecido... bien merecido!

Julio. (*Aparte.*) Me hace mas daño con sus miradas, que la corbata!

Baronesa. Cuántos maridos no se ven que despues de habernos amado con delirio, olvidan sus juramentos, sus promesas, y nos abandonan, nos venden, nos engañan, nos dejan entregadas á la mayor desesperacion, sumergidas en un mar de lágrimas que nos conduce á la tumba!

Julio. (*Aparte.*) Buen predicador!

Adela. Ah! Tia mia! qué espantoso cuadro!

Julio. Pero observo que usted dice Nos!! poseida del santo furor que la anima contra los maridos infieles, y sin duda olvida usted que aun es... señorita.

Baronesa. (*Con orgullo.*) Yo hablo en nombre del bello sexo!

Julio. (*Con galanteria irónica.*) Oh! y quién mejor que usted!

Baronesa. (*A Adela.*) Pero tu Julio no es de esos... lo entiendes? al contrario, tu Julio es la virtud, el can-

dor, el amor, la pasión, la fidelidad misma... (*Aparte.*)
Me marchó, porque me ahoga la cólera... y voy á esta-
llar. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ADELA. JULIO.

Adela. Vamos... seguiré los consejos de mi tia, una vez
que dice que es el mismo...

Julio. Pero comprendes tú algo de tan estraña salida? ó
acaso la cabeza de nuestra querida tia está trastornada?

Adela. Por qué dices eso?

Julio. Porque ha hecho unas suposiciones tan estrañas...
Acaso dudas de mí?

Adela. (*Aparte.*) Cielos!

Julio. Pero podrias dudar de tu Julio, de tu amado Julio...!

Adela. Nada de eso... nosotros, que nos casamos por incli-
nacion, sería posible que nos dejáramos de amar?

Julio. Que si sería posible...? (*Reprimiéndose.*) de ningun
modo.

Adela. Siempre me acuerdo de aquellas palabras que de-
cias... cuando estábamos sentados al lado de aquel arroyo...
ya sabes, aquel...

Julio. (*Con seguridad.*) Sí, aquel arroyo que está...

Adela. Cerca del camino de Acacias... por donde nos pa-
seabamos de noche... á la claridad de la luna... mi bra-
zo puesto sobre el tuyo... mi cabeza apoyada en tu hom-
bro, (*Se apoya en él.*) así...

Julio. Aun me parece que estoy allí...!

Adela. Pues bien, aquellas palabras, aquellas terribles pa-
labras...!

Julio. (*Aparte.*) Dios eterno! qué diria yo?

Adela. Que sin cesar salian de tus labios, no deben tran-
quilizarme?

Julio. (*Embarazado.*) Sin duda que deben, vaya! esa es
su obligacion! (*Aparte.*) El capítulo de los recuerdos!
esto es lo que yo temia!

Adela. Tú no las has olvidado...?

Julio. Olvidarlas! Cómo puedes decir eso? Pero dílas tú...
y veré si te acuerdas bien de ellas.

Adela. Pues me decias: Adela, mi solo amor, mi gloria,
poseer tu corazón es mi vida: si me llegaras á olvidar,
moriría! moriría!

Julio. Eso, eso mismo es. Moriría! moriría!! (*Aparte.*)

— Cómo he podido decir tal necedad? (*Alto con fuerza.*) morir! Sí, primero la muerte que...

Adela. (*Quiriendo exaltarse.*) Y nada ha cambiado... los cinco años de ausencia es menester borrarlos de nuestra memoria; es una noche, una sola noche la que nos ha separado... ayer te marchaste... y hoy vuelves!

Julio. (*Con fingido entusiasmo.*) Ciertamente! (*Aparte.*) Si continúa con el mismo tono, no voy á poder seguir la conversacion.

Adela. No, nada ha cambiado... cultivo nuestras flores... cuidó á la cabra blanca!

Julio. A la blanca! (*Con lástima fingida.*) Pobrecita! debe ya ser tan anciana!

Adela. Se han respetado los árboles viejos, sobre los cuales grabábamos nuestras cifras, nuestros juramentos de amor...!

Julio. Con qué placer veré á esos árboles... (*Aparte.*) este invierno en el fuego.

Adela. Quiéres venir á verlos?

Julio. Ahora?

Adela. Ó sino, mejor será á la noche, con la claridad de la luna... cuando todo el mundo repose.

Julio. (*Aparte.*) Menos yo, que estoy condenado al insomnio, como un héroe de novela.

Adela. (*Aparte.*) Ah! qué idea! (*Alto.*) Dime, te acuerdas tú de cuáles eran nuestros pasatiempos favoritos ayer?

Julio. Ayer?

Adela. Sí... ayer... otras veces... cuando...

Julio. Ah! sí, es verdad! el ayer de hace cinco años!

Adela. Pues bien! Cuál era la ocupacion que mas no gustaba... aqui, en esta sala?

Julio. En esta sala? (*Aparte.*) Qué manía de preguntar: cuánto mejor no haria en decirlo ella? (*Alto.*) Ah! el dibujo, la lectura...

Adela. No, otra cosa mejor... Qué hago yo en este momento?

Julio. (*Aparte.*) Nos estamos entreteniéndolo en descifrar charadas. (*Alto.*) Qué haces? (*Con tono sentimental.*) amarme! (*Aparte.*) Eso debe ser.

Adela. Sin duda; pero es diferente... En qué estoy ocupada?

Julio. (Con aturdimiento.) En amarme! Oh! perdona; estás ocupada con un bordado de tapicería...

Adela. Entonces, caballero, ese taburete...

Julio. Ah! es justo! (*Poniéndolo bajo los pies de Adela.*) aquí.

Adela. Y qué! no te dice nada?

Julio. Este taburete? qué diablos ha de decir?

Adela. Quién se colocaba en él?

Julio. Ah! ya. (*Pone una rodilla en él.*)

Adela. Pero no es así!

Julio. De otro modo?

Adela. Sin duda. (*Pone la otra rodilla.*) No digo que no es así?

Julio (Levantándose y aparte.) Cómo me he de poner?

Adela. No se acuerda de nada. (*Aparte.*) Trae el bordado que hay sobre la chimenea. (*A él.*)

Julio. (Trayéndolo.) Calla! es el mio! (*Aparte.*) Ahora me acuerdo que en otro tiempo me entregué á esta ocupacion poco masculina.

Adela. Tú te sentabas aquí y bordabas babuchas; vamos, ya ves que no estan mas que empezadas, y las espera...

Julio. Y las espera? quién?

Adela. Mi tia.

Julio. (Aparte, yendo á dejar el bordado.) Pues que siga esperando.

Adela. (Sin mirarle ocupada en su labor.) Vamos, sentaos... y trabajad mucho, caballero.

Julio. Cómo...! Tú quieres...? (*Volviendo.*)

Adela. Y aplicaos... ya sabeis que riño cuando sale mal, y recompenso en saliendo bien.

Julio. (Aparte.) Es menester hacer algo para contentarla; así me será mas facil... (*Se sienta con dificultad.*) Diabolo de trabillas! huy...! qué mal estoy! (*Alto.*) Pero no recuerdo...

Adela. Pues sabiais muy bien... ayer...

Julio. Ayer...? Ah! sí.

Adela. Mirad, caballero, así se toma la aguja... se pasa por aquí, en seguida se cruza el punto.

Julio. Con que se cruza el punto...?

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. MARÍA.

Maria. Señora!*Julio.* Cielos! (*Oculto con presteza la labor.*)*Adela.* (*Con mal humor.*) Qué quieres?*Maria.* Mi madrina dice que no la esperen ustedes, que le ha dado la jaqueca.*Julio.* (*Aparte.*) Bien podía haber sido un poco antes.*Adela.* Está bien; vete!*Julio.* Sí, sí, vete.*Maria.* (*Aparte.*) Y nosotros que pensábamos divertirnos tanto cuando volvieran! (*Vase.*)

ESCENA XV.

JULIO. ADELA.

Adela. Por qué te has levantado al entrar esa muchacha?*Julio.* Por qué? porque no está bien que me vea un criado con la aguja en la mano.*Adela.* Es algún deshonor el bordar babuchas?*Julio.* No precisamente... pero sí es ridiculez.*Adela.* Eras ridículo otras veces?*Julio.* Otras veces... otras veces... sí, empiezo á creer que lo era un poco.*Adela.* (*Levantándose.*) Eso es diferente!*Julio.* Te enfadas?*Adela.* No por cierto.*Julio.* Oye, Adela, tu tia no puede venir, y ya es tarde para hacer las visitas... tienes empeño en que se hagan hoy mismo?*Adela.* (*Dejando la labor.*) No, ninguno.*Julio.* Ni yo tampoco. (*Aparte.*) Estoy rendido.*Adela.* Bien decia yo que no era el mismo.*Julio.* (*Aparte.*) A pesar mio se me cierran los ojos; si fumara con la pipa... pero eso sería un escándalo. (*Con despecho.*) Qué fastidio! estar uno en su casa y no poder hacer su voluntad...!*Adela.* (*Aparte.*) No puede disimular su inquietud, su enfado. (*Enojada da maquinalmente un golpe en el piano.*)

Julio. Ah! un poco de música! (*Aparte.*) Eso me desparafará.

Adela. Qué trozo?

Julio. Cualquiera... el mas ruidoso, el de mas estrépito.

Adela. (*Aparte.*) Para aturdirse. (*Alto.*) No querrás oír aquella cancioncita tan linda de Masini...

Julio. Por qué no?

Adela. Porque no es bastante... estrepitosa.

Julio. No importa, así me traerá á la memoria dulces recuerdos.

Adela. (*Aparte, sentándose.*) Eso es lo único que nos queda. (*Después de principiar Adela el ritornelo se vuelve y le ve dormido.*) Dormido! Ah! qué indignidad! (*Cierra el libro de música con enfado.*) Desde que ha llegado no puede estar un momento á mi lado sin ceder al sueño! esto promete! Caballero! caballero!

Julio. Qué? qué es? ah! dispensa...! ya estoy. (*Talareando el ritornelo.*) La, la, tra, la, la.

Adela. Es inútil el continuar; para oír la música de ese modo, mejor estaríais en la cama.

Julio. Pues qué, he dormido yo?

Adela. (*Enfadada.*) Parece que no os distraéis mucho á mi lado.

Julio. Sí tal, querida, pero...

Adela. Vais á escusaros? para qué? no, no os incomodeis, caballero.

Julio. Ah! con que os enfadais...? sea; prefiero eso al tormento que me he impuesto desde esta mañana.

Adela. Tormento? y por qué? tiene acaso vuestra muger el derecho de exigir de vos á falta del amor, que no existe ya, las simples atenciones de la política?

Julio. Bien, muy bien! es muy impolítico el ceder un momento á la fatiga, cuando se ha pasado la noche en un carruaje y se han andado doce leguas á caballo.

Adela. (*Con ironía.*) Confieso que no comprendo esa prisa, habiendo soportado la ausencia con tanta filosofía.

Julio. Y de dónde sacáis eso?

Adela. De dónde? Bien facil es. Y al veros esas megillas coloradas, ese cuerpo rollizo, cualquiera dirá que el recuerdo mio no os ha molestado mucho.

Julio. Siento en extremo no haber vuelto tísico para agradeceros.

Adela. Qué ironía tan á propósito!

Julio. Sí por cierto, y estoy convencido de que eso hubiera lisonjeado mucho vuestras ideas novelescas, é igualmente á los raptos sentimentales de vuestra necia tia.

Adela. Caballero, mi tia tiene derecho á vuestro respeto.

Julio. Eh! Voto va! yo digo lo que pienso. Cree ella que despues de haber pasado cinco años en un barco y haber hecho diez campañas sobre el mar iba á venir aqui para bordar babuchas, cultivar flores, y pasear una cabra blanca como un pastor de la Iliada? pues declaro que no... y que no soy ningun pastor, ni ningun marques de agua de rosa.

Adela. Ah! bien se ve que no.

Julio. No, no señora... Esto os incomoda? lo siento mucho, pero yo soy un hombre... un marino, y como tal quiero poder comer, dormir y fumar en mi pipa; mas si he de contenerme siempre como hoy, entonces... Voto va el diablo! (*Adela hace como que se va.*) Os vais?

Adela. Sí.

Julio. Escuchadme hasta el fin...

Adela. No, para qué? Comprendo perfectamente lo que quereis decir; que os marchareis á vuestra corbeta con vuestros amables marineros. No es esto, caballero?

Julio. Eso mismo. Y os aseguro que lo haré.

Adela. Por qué no lo haceis?

Julio. Qué! No lo creeis?

Adela. Yo! al contrario.

Julio. (*Fuera de sí.*) Sí...? Pues me aprovecharé de vuestro permiso: estoy resuelto, nada me podrá detener... ni el mismo diablo...

ESCENA XVI.

LOS MISMOS. LA BARONESA.

Baronesa. Aqui estoy yo. Qué ruido es este? qué escándalo!

Adela. Ah! Tia mia...!

Baronesa. Ya entiendo... alguna demasia del dichoso marino... Caballero...!

Julio. No tengo tiempo para escuchar nada: la dejo á usted con su digna discípula... (*Yendo á su cuarto.*) Domingo! Domingo! Caballos de posta... ahora mismo. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

ADELA. LA BARONESA.

Baronesa. Qué ha sucedido, hija mía?

Adela. No sé... mi cabeza se estravía... no puedo vivir con ese hombre, me es odioso...! insoportable...! no quiero volverlo á ver!

Baronesa. Bien! muy bien! y si acaso no estás del todo resuelta, para no desmayar en tu propósito... aqui tienes la prueba de su infidelidad... Toma, lee!

Adela. (Tomando la carta sin leerla.) Y qué me importa...? no quiero saber nada... que se aleje... que se vaya y no vuelva nunca... deseo una separación... una separación definitiva...! Aqui viene; dígaselo usted.

Baronesa. Vete pronto. Ese monstruo va á matar á mi sobrina.

ESCENA XVIII.

LA BARONESA. JULIO. DOMINGO.

Julio. (Empujando á Domingo.) Dormirás hasta mañana, animal?

Domingo. Misericordia! otra vez al mar! y una cabalgada! Dios me asista!

Julio. Menos palabras...! Aun perteneces á la marina real... no has firmado tu renuncia; y si te atreves á hablar, te hago prender y castigar como desertor... con que calla...

Domingo. Ya callo... ya callo. (Asustado.)

Baronesa. Es un turco! un antropófago!

ESCENA XIX.

JULIO. LA BARONESA.

Baronesa. (Con dignidad.) Caballero, vengo á nombre de Adela de Merigñy...

Julio. Señora, antes de ir mas lejos prevengo que si vais á dirigirme reproches...

Baronesa. (Interrumpiéndole.) Reproches! Habeis creído que yo, Cesarina Hipólita de Koatodon, se iria á encarregar de dirigirlos, caballero?

Julio. No? entonces cuál es el fin de vuestra mision diplomática?

Baronesa. El fin...? Bien lo podriais adivinar si tuviérais en el corazon...

Julio. Os advierto que lo que tengo en él es muy poca paciencia... Dejad las frases, y vamos al hecho, sin preámbulos.

Baronesa. Caballero, me estais faltando...

Julio. Qué es lo que quereis vos... y la señora de Merigñy?

Baronesa. Una separacion!

Julio. Corriente; en ese punto hay simpatía entre nosotros...

Baronesa. Pero una separacion eterna!

Julio. A las mil maravillas! y para demostraros que estamos acordes, voy á proceder ahora mismo con ella á la particion de nuestros bienes.

Baronesa. Particion á la que yo he de presidir.

Julio. No, no os tomareis tal molestia.

Baronesa. Eso lo veremos... quiero que los intereses de mi sobrina sean respetados.

Julio. Lo serán sin que os mezcleis en nada... estad tranquila.

Baronesa. No lo estoy, no, caballero.

Julio. (Con cólera.) Espero que no me hareis la ofensa de sospechar de mi delicadeza, de mi probidad...

Baronesa. (Con fuerza.) Yo sospecho todo de un hombre desmoralizado... de un esposo que ha hecho traicion á sus juramentos... sí, desconfio de vos, y asistiré á la particion...

Julio. Os repito que no asistireis... soy hombre, y tengo una voluntad!

Baronesa. Yo otra! y soy muger!

Julio. Entonces es terquedad.

Baronesa. De la cual me serviré para haceros rabiar; yo estaré presente, ó haré la particion imposible... yo prohibiré á mi sobrina el escuchar vuestras proposiciones... no, no la vereis.

Julio. Ah! mil millones de... si pensais en eso! (Llama con la campanilla.)

Baronesa. Qué haceis?

Julio. (A María.) María! María! (Sale María.) Id á suplicar de mi parte á la señora de Merigñy, el que venga aqui.

Baronesa. No vayas!

Julio. Ves!

Baronesa. Si vas, te echo de casa.

Julio. Si no vas, caso con otra á Domingo.

Maria. Ay madrina! yo no quiero enterrarme con palma.

(*Vase corriendo al cuarto de Adela.*)

Julio. Ya lo veis.

Baronesa. Aun no habeis triunfado. Hay leyes... hay jueces... hay tribunales... nosotras pleitearemos... yo pleitearé hasta mi última hora, hasta mi último aliento! Voy corriendo casa de un abogado! ya vereis! ya vereis!! ya vereis!!!

ESCENA XX.

JULIO. *Despues ADELA.*

Julio. Gracias á... Dios! ya estoy libre de esa arpía, al menos por una hora! Oh! le prometo que no me verá aquí á su vuelta... Ah! ya estoy mas sereno. (*Va á la chimenea y toma su pipa y un cajoncito en el que hay fósforos, y lo pone encima de la mesa.*) Dentro de algunos momentos todo estará concluido; justamente viene mi muger.

Adela. Estoy á vuestras ordenes, caballero... ya os creía lejos de esta casa.

Julio. Tranquilizaos; es necesario algun tiempo para traer los caballos; entre tanto tened la bondad de hacerme un rato compañía... (*Le presenta una silla puesta entre la chimenea y la mesa de labor.*) Sentaos aqui.

Adela. Creía que mi tia os habia dicho...

Julio. Sí, ya me ha dicho mil extravagancias; pero estoy impersuadido de que vos sereis mas razonable... tened la amabilidad de sentaros. (*Viendo que Adela mira la pipa con inquietud.*) Oh! no tengáis miedo! (*La deja sobre la mesa.*) Se trata de arreglar nuestros asuntos de interes; vuestra tia ha ido á casa de un abogado; pero para mi reposo y el vuestro conviene que nos entendamos los dos... sin ella, lo que será mas facil.

Adela. Hablad, caballero. (*Toma su labor, y para ocultar su turbacion abre el cajon donde estan los estambres y trabaja.*)

Julio. En consecuencia... (*Aparte.*) hablo en estilo de no-

tario: (*Alto.*) en consecuencia, digo, de aquel amor que nos creíamos profesar siempre, cambiamos entre nosotros la doble donacion de nuestros bienes.

Adela. Si quereis, firmaré el acto de renuncia con mucho gusto.

Julio. (*Deteniéndola.*) Un momento; no es eso todo... nos queda que dividir el legado de nuestra tia de Merigny, que se compone de un palacio en París, esta casa y la pequeña posesion de Messival en Normandía.

Adela. Donde pasamos el primer mes de nuestra union.

Julio. Sí, en efecto. Quereis el palacio y esta casa? yo me quedaré con Messival.

Adela. Qué decís? si no vale la cuarta parte!

Julio. Así será... pero hay abundante caza, y para un marido soltero...

Adela. No, no. Esa posesion la quiero, porque tengo... es decir, mi tia tiene la costumbre de ir conmigo todos los años los primeros dias de Setiembre.

Julio. El aniversario de nuestro casamiento!

Adela. En efecto. Y una vez que sois tan aficionado á la caza, podreis venir...

Julio. Cómo! consentiriais... pero si casualmente estariais allí en el tiempo que yo habia de cazar!

Adela. La hospitalidad se debe á todo el mundo...!

Julio. A los estraños...

Adela. A los antiguos amigos...

Julio. Sí, á los antiguos amigos; lo cierto es que no somos enemigos, nos separamos porque es incompatible nuestro genio, nuestras costumbres... Vos, gracias á nuestra querida tia, sois la misma que erais... un poco novelesca...! Mientras que yo, los viajes... el mar... ba! nunca podreis acostumaros á mis maneras... y yo por mi parte conozco que no podré volver á tener aquellas de señorita... La prueba es que volvia á vuestro lado con unas ideas que os parecerán bien raras y ridículas.

Adela. Caballero...

Julio. Sí, sí... yo decia: "Estos cinco años deben haber dado á mi Adela razon, entendimiento... (*Adela hace un movimiento.*) quiero decir, experiencia."

Adela. Continúad.

Julio. "Qué diablo! (añadia yo) ya no somos ningunos niños, y espero que no volveremos á entretenernos con

aquellas melancólicas tonterías que nos hacian dichosos tan tristemente en otro tiempo." (*Mirando la labor que hace su muger.*) Yo no pondria ahí un verde tan oscuro.

Adela. Por qué ?

Julio. Porque no sentará bien con ese color de rosa.

Adela. (*Mirando su labor.*) Teneis razon.

Julio. Ese es mejor ; tomad. (*Va á tomar el ovillo que la enseña, y deja caer su pipa.*)

Adela. (*Tomando el ovillo.*) No os incomodeis. (*Dándole la pipa, que ha cogido del suelo.*) Caballero...

Julio. Oh ! muchas gracias !

Adela. Y bien...? esos proyectos...

Julio. Ah ! sí... pues como decia , yo contaba volver al lado de mi muger para vivir sin cumplimientos... sin etiqueta... En el estío, cambiaría nuestros nocturnos paseos á la claridad de la luna por escursiones á las cercanías...

Adela. Con vuestra esposa ?

Julio. Siempre. En el invierno, como el campo ofrece pocos atractivos y sí mucha monotonía y fastidio...

Adela. (*Suspirando.*) Ay ! es verdad ! con que en el invierno...

Julio. Iriamos á París.

Adela. (*Con alegría.*) A París ?

Julio. Sí, pasando para ir por Nápoles, Venecia y Florencia.

Adela. De veras ? (*Mirando la pipa, que tiene algunas figuras grabadas.*) Calla ! qué bonita es !

Julio. Os gusta ?

Adela. Sí, es muy linda.

Julio. La compré en Méjico ; es perfecta y cómoda... Una señorita puede fumar con ella. (*Julio parece que busca algo : Adela abre maquinalmente la caja de los fósforos y enciende algunos durante lo que sigue.*)

Adela. Con que ibais á París... ?

Julio. En la época de los soirees, los conciertos y los espectáculos...

Adela. Los bailes...

Julio. Es verdad ; y... voto va ! mi muger no hubiera faltado á ninguno.

Adela. A ninguno ?

Julio. A ninguno ; mil diablos... ! Oh ! perdonad.

Adela. Seguid... seguid.

Julio. El buen tiempo nos volvería á esta casa de campo... y aquí, en desquite de haberme contenido tanto en París, hubiera pedido á mi muger... (*Adela le da un fósforo encendido.*) Gracias. (*Enciende su pipa.*)

Adela. Ah! condiciones... es muy justo.

Julio. Indulgencia para mis maneras, y amabilidad para con mis amigos.

Adela. Oh! sin duda!

Julio. Además, alguna tolerancia para algunos vicios, algunas hábitos adquiridas á bordo... por ejemplo, mi pipa... (*Notando que fuma.*) Cómo! (*Levantándose.*) Ah! Señora...

Adela. No, no; continuad... ya veis que no toso!

Julio. No importa... Si yo hubiera sabido... pero quién me ha dado...?

Adela. Yo.

Julio. Vos? (*Riendo.*) Já! já! Y yo que no he notado nada en el fuego de mi conversacion al contaros mis proyectos, mis quimeras...

Adela. Y si yo os dijera que tambien he soñado con algunas de esas quimeras?

Julio. (*Sentándose.*) Ba! habreis soñado con el humo de...

Adela. No precisamente eso, pero...

Julio. Ah! ya estoy, con un viaje á Italia.

Adela. A París...!

Julio. Con los bailes de la ópera...

Adela. Que estoy deseando ver...

Julio. Con que no os hubiera desagradado esa vida?

Adela. No por cierto.

Julio. No os asustaría?

Adela. Nada de eso... tengo valor... debo tenerlo siendo la muger del capitán de una corbeta!

Julio. Cómo! será posible! mil rayos! (*Conteniéndose.*) Ah! perdonad.

Adela. (*Riéndose.*) Qué decís?

Julio. Digo... digo... (*Con mas dulzura.*) Cómo! mil rayos! Tú me dejarás esperar...

Adela. Me habian hecho creer que el menor cambio en mí, te mataría.

Julio. (*Acercando su silla.*) Como á mí... pero entonces... entonces...

Adela. (*Acercando la silla.*) Nos entendemos perfectamente...

Julio. Así es que podríamos... Qué diablo, nos ha ido á meter en la cabeza...

Adela. Que nos aborrecemos...

Julio. Y que no podemos vivir juntos...

Baronesa. (*Dentro.*) Sobrina, sobrina!

Julio. (*Levantándose.*) Qué diablo? ese. (*Adela se levanta.*)

ESCENA XXI.

LOS MISMOS. LA BARONESA. *Después* DOMINGO y MARÍA.

Baronesa. (*Meneando su pañuelo como para apartar el humo.*) Uf! uf! qué niebla de humo! Adela! aquí traigo los títulos, los actos y los contratos.

Adela. Ya es inútil eso, tia mia; nada tenemos que partir, (*Da la mano á Julio, que la estrecha con cariño.*)

Baronesa. Qué dices? Gran Dios! le vas á perdonar?

Julio. Y usted tambien, querida tia.

Baronesa. Yo? nunca! nunca! (*A Adela.*) Pero tú has leído esta carta? la has leído?

Adela. Ya no me acordaba. (*La saca, y va á romperla.*)

Julio. (*Que mira la carta sin ser visto y dice:*) La letra de Silvia!

Baronesa. Qué vas á hacer?

Adela. (*Rompiéndola.*) Ya lo ve usted.

Baronesa. Pero tú no lo sabes...?

Adela. No quiero saber nada.

Domingo. (*Entrando por el fondo.*) Capitan, los caballos estan ya listos.

Julio. Los caballos...? pues vuelyéselos á su amo.

Domingo. Qué! nos quedamos?

Maria. (*Entrando.*) Ya está la comida.

Julio. (*Con alegría.*) Ah! muy bien!

Domingo. Pero dígame usted...

Julio. Sí, sí, nos quedamos y comemos... (*A la baronesa.*) Si usted lo permite.

Baronesa. (*Con desprecio.*) Comed! comed! si para ello tenéis valor!

Julio. (*Con tono sentimental.*) Sí, lo tendremos... y apetito tambien! á la mesa!

Baronesa. (Con pena.) A la mesa! ah! pobre Adela!

Adela. (Consolándola.) Tranquilícese usted, tia mía... él me ama todavía... menos tal vez... pero mejor que antes.

Julio. Sin duda... Pero como no entiende usted de eso...

Baronesa. (Con dignidad.) Acaso querriais instruirme en lo que es el amor!

Julio. (Con viveza.) Dios me libre de tener una pretension tan temeraria... pero permita usted que la diga que es el amor el que nos ha separado cinco años, el amor, ese sentimiento exaltado, exigente, susceptible... que por nada se ofende, se irrita: de hoy mas entre nosotros una buena y sólida amistad, inalterable... lo que vale mas que todas las pasiones dél mundo... Porque cuando se acaba el amor...

Adela. (Apretándole la mano con ternura.) La amistad queda!

Julio. (Abrazándola.) Oh! sí.

FIN DE LA COMEDIA.



DOCUMENTOS QUE CC

DOCUMENTOS

F. E. S. A. G. A. S. L.

FECHA DEL DOCUMENTO	FECHA DE ENTRADA	PROCEDENCIA	
20-10-90	30-10-90	D. Juanis Sanitara	[Signature]
14-12-90	30-6-90		
14-4-51		

